

el imperio como por preterición, para que de este modo el país llegara hasta la República suavemente, sin sacudidas y, sobre todo, sin ninguna intervención callejera. Por esta manera de pensar, Julio Favre, Picard y los más moderados de entre sus colegas, se aproximaban al centro izquierdo y aun a una parte del centro derecho: en el primero de estos grupos dominaba Thiers, que también tenía su solución, y así como los diputados de la izquierda, haciendo públicos sus resentimientos, proclamaban destituido el imperio, él, sentando un hecho, se contentaba con declarar, sin odio y sin cólera, el *poder vacante*. La diferencia entre ambos criterios no era tan grande que hiciese imposible una inteligencia; y lo mismo en uno que en otro proyecto, el Cuerpo legislativo nombraría una comisión de gobierno, con lo cual se arrebataría, a lo menos así se esperaba, el poder a la Revolución, y luego vendría la convocación de una asamblea constituyente. Las divergencias sólo estaban en las intenciones ocultas, pues mientras los centros se limitaban a suspender el imperio sin abolirlo, los hombres de la izquierda únicamente aspiraban a allanar la transición hacia la República.

Tales se ofrecían los diversos grupos de la oposición en aquella mañana del 4 de septiembre; pero lo más importante era conocer los sentimientos de la antigua mayoría. Una moción firme y concreta del gobierno indicándole cuáles sacrificios debía consentir y qué grado de fidelidad había de conservar, habría vigorizado en ella la disciplina; pero los consejeros de la regencia la habían disgregado, dejándola sin dirección. Todos aquellos diputados, durante tanto tiempo dóciles hasta el punto de abdicar de su propia personalidad, abandonados a sí mismos se deshacían en lamentaciones; y como si de pronto vieran las cosas con toda claridad, censuraban todas las faltas que habían aclamado, se quejaban de haber sido engañados por Palikao como se habían quejado de haberlo sido por Lebœuf, y con este lenguaje trataban de justificar a sus propios ojos sus desvíos. Pero fuese cual fuese la influencia disolvente de los reveses, no se apartaban sin aflicción y sin remordimiento, y aunque comprendían que la regente no estaba a la altura de su misión, retrocedían ante la injuria de destituirla, y entendían, en todo caso, que la suspensión de los poderes no debía durar más que el tiempo necesario para conjurar el peligro. Ingeniosos a fuerza de sentirse perplejos, habrían deseado que el mismo imperio les diera una licencia para desertar de él provisionalmente. Esta idea había sido precisamente expuesta por uno de los miembros más respetables del centro izquierdo, el Sr. Buffet, el cual había hecho notar que las atribuciones recibidas del emperador por la emperatriz eran limitadas y de todo punto insuficientes para aquella crisis; que la regente no podía pedir la ampliación de las mismas, ni al país invadido ni a Napoleón prisionero; y que en estas circunstancias el desenlace más prudente sería la entrega espontánea del poder al Cuerpo legislativo hecha por la propia soberana. La idea, un tanto sutil, era en sí muy discutible, porque la regente no podía delegar en los representantes de la nación más que aquello que había recibido, de suerte que con esta solución no se evitaba la arbitrariedad; pero de todos modos, dada la gravedad extrema de la situación a que se había llegado, el expe-

diente era el menos criticable de cuantos pudieran imaginarse; así es que las palabras del Sr. Buffet fueron escuchadas favorablemente casi por todos los grupos. Mediante esta combinación, la renuncia, enteramente voluntaria, partiría de la misma soberana; la emperatriz transferiría, por decirlo así, su propia legitimidad a la Cámara, con lo cual desvanecería los escrúpulos de aquellos que, resignándose a ser infieles, no querían serlo sin una previa absolución.

Mientras se cambiaban impresiones sobre todos estos puntos de vista, los ministros, reunidos desde las ocho de la mañana, celebraban consejo en las Tullerías. Habían pedido tiempo para reflexionar, mas no parecía que la calma de la noche hubiera madurado mucho sus ideas. En cuanto puede deducirse de testimonios no siempre concordantes, tratóse en aquel consejo de la dimisión de la emperatriz: «Sólo el emperador puede abdicar, dijo Clemente Duvernois (1); la regente no puede, porque no es sino una emanación del emperador.» Discutióse luego el establecimiento de una delegación gubernamental fuera de París; pero esta moción fué descartada por temor a una guerra civil: «Si he de sucumbir, decía con dignidad la emperatriz, quiero a lo menos desaparecer sin dificultar la resistencia (2).» Lo más urgente era determinar las resoluciones que al fin se someterían a las Cámaras. Asistía al consejo el Sr. Schneider que llegaba del Palacio Bourbon; sabía, por consiguiente, mejor que nadie el espíritu que allí reinaba y comprendía la oportunidad de ceder mucho y de ceder en seguida, en la esperanza, en la frágil y débil esperanza de salvar quizás algo: «En la situación en que nos encontramos, dijo, no hay muchos recursos en que escoger y, sin embargo, es preciso adoptar una resolución; la mejor, en mi concepto, es transferir todos los poderes de la regencia a una comisión nombrada por la Cámara.» En estas palabras reflejaban el criterio, no sólo del Sr. Buffet y del centro derecho, sino también de muchos individuos de la derecha. El proyecto, aunque calurosamente defendido por el Sr. Brame, no fué aceptado, a lo menos en su integridad, sino que se optó por la idea de un Consejo de regencia elegido por la Cámara y bajo cuya refrendación serían nombrados los ministros, añadiendo a esto un artículo adicional que creaba a Palikao teniente general del Consejo. ¿Cuáles serían los poderes del general? Sea por olvido, sea por cálculo, el proyecto nada decía sobre este particular. No era difícil prever que, para los suspicaces, Palikao sería el hombre destinado a recuperarlo todo al menor indicio de mejor fortuna. Un antiguo proverbio de derecho civil dice: «Dar y retener no vale;» pues bien, la tenencia general de Palikao era la restricción que había de viciar el sacrificio, que había de hacer sospechosa la renuncia.

Mientras el consejo deliberaba, la emperatriz recibió muchos informes anunciándole que los grupos populares engrosaban y que crecía en la ciudad la efervescencia; y en el momento de separarse los ministros llegó un despacho de Lyon dando cuenta de que había sido proclamada la República en la plaza de los Terreaux.

(1) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración de Clemente Duvernois, pág. 226.

(2) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración de Jerónimo David, pág. 155.

En vista de estas noticias, pudo preguntarse si no era tarde ya para discutir los jirones de poder que recibiría el Cuerpo legislativo ó que conservaría la emperatriz. Consejo de regencia, tenencia de Palikao, proyecto de Thiers y hasta proyecto de la izquierda, ¿no quedaría todo ello interrumpido y acaso borrado por la ruda mano del motín?

IV

A eso de las diez, los grupos que habían bajado de los arrabales comenzaron a diseminarse por los barrios ricos; poco a poco fueron separándose de ellos las mujeres y los niños, tomando la cosa el carácter, no de motín todavía, pero sí de manifestación. Varios hombres con blusas blancas dirigíanse a la plaza Vendome gritando: «¡Destitución, destitución!» y un poco más tarde penetraron en la calle Royale y en la de Rivoli algunos guardias nacionales, en su mayoría sin armas y varios armados. No se advertía amenaza alguna contra las personas ni contra las propiedades; algunos hombres de la clase media aparecían mezclados con los obreros; y entre unas cuantas caras siniestras veíanse muchos semblantes bonachones. En cambio, la multitud aumentaba sin cesar: «Hay un gentío enorme,» decían en sus partes los comisarios de policía, que aún no sabían qué era lo que habían de temer, pero a quienes desorientaba ya aquella inmensa concurrencia.

¿Obedecían aquellas bandas a una influencia directora? Así lo han supuesto algunos. En las primeras horas de la noche anterior había habido grupos sediciosos en los bulevares y colisiones con los agentes de orden público; Ranvier, Peyroutón y otros agitadores dirigían la manifestación, y al separarse todos, se citaron para el día siguiente (1). Por la noche habíanse celebrado consejos a los cuales habían asistido Delescluze y Blanqui, y en la mañana de aquel día *Le Siècle* había publicado el siguiente suelto: «Millares de guardias nacionales se han citado para comparecer a las dos, sin armas, delante del Cuerpo legislativo (2).» Ya comenzaba a observarse, y sobre todo se observaría algo más tarde, la presencia de varios destacamentos de guardias nacionales que, aun sin estar en acto de servicio, marchaban en filas y a paso regular y parecían obedecer a ocultos directores. Mas, a pesar de estos indicios, nada permite afirmar que los papeles del movimiento que se iniciaba hubiesen sido previamente preparados; que hubiera un jefe, unos subordinados, una disciplina, un objetivo señalado a los esfuerzos, en una palabra, ese acuerdo concertado que es propio de las conspiraciones. La verdad es que desde 1868 y bajo la influencia de los clubs, de los diarios y de la *Asociación de trabajadores*, se habían creado una porción de pequeños focos en los que se alimentaba el fuego del odio más ardiente contra el imperio y que habían dado lugar a algunos complots y a ciertas federaciones de barrios. Desde hacía tres semanas, los reveses del imperio ha-

bían provocado en la oposición irreconciliable una excitación prodigiosa: a todo evento, habíanse forjado listas de gobierno, por pasatiempo, por bravata, casi del mismo modo que se hacen apuestas; y los habitantes de los arrabales decían a los hombres de la izquierda, medio en broma, medio en serio: «Muy pronto seréis gobierno.» Las últimas noticias habían acabado de exaltar los ánimos, y en todos los cerebros había surgido el mismo pensamiento, a saber, dirigirse al centro de la ciudad y tantear el terreno para ver hasta qué punto podían llevar su osadía. Es indudable que en la noche del 3 al 4 de septiembre hubo conciliábulos, y tampoco puede negarse que en estos conciliábulos se dieron algunas consignas y se citó a los guardias nacionales de algunos barrios; pero estas iniciativas particulares se perdían en un inmenso movimiento espontáneo en el que entraban la cólera, la protesta y la curiosidad sobreexcitada. Para gritar *destitución* no se necesitaba ser conspirador, pues un Napoleón no podía reinar sino a condición de no ser vencido. Y toda aquella multitud, compuesta de un número inmenso de curiosos mezclados con algunos criminales, moviéndose crédula, calenturienta, embriagada por sus propios gritos, indignada y necia, burlona a ratos, uniéndose a las burlas las imprecaciones, ansiosa de vengar en sus caudillos su derrota, falta de previsión, de sangre fría, de plan, y dispuesta a repetir todo lo que le había enseñado la rutina revolucionaria. Habría, sí, directores, pero éstos serían las más de las veces improvisados; la verdadera conspiración era la de los acontecimientos.

El general de Palikao pretendía estar perfectamente armado contra cualquier movimiento popular, y habiéndole expuesto el Sr. Schneider sus temores, había le replicado que disponía de 40.000 hombres (3). Examinando el detalle de las fuerzas, veremos a qué quedaba reducida esta fantasmagoría de cifras.

La preocupación muy laudable de la defensa había motivado que se enviaran al encuentro del enemigo el 12.º y luego el 13.º cuerpos. El resto de las tropas de línea se componía de algunas porciones mal organizadas del 14.º cuerpo y de algunos depósitos en donde ingresaban soldados jóvenes y bisoños. Algunos destacamentos de la guardia se habían quedado para la defensa de las Tullerías. Aparte del ejército propiamente dicho, la guardia móvil del Sena estaba animada de un espíritu tan detestable, que la más vulgar prudencia había de aconsejar no echar mano de ella. En la guardia nacional, al lado de elementos muy malos había batallones buenos, pero no tanto que se pudiera contar con ellos si el gobierno, por la magnitud de sus infortunios ó de sus faltas, ponía demasiado a prueba su lealtad. Quedaban los cuerpos especiales, que aunque un tanto quebrantados en su confianza, eran completamente fieles: estos cuerpos especiales eran la gendarmería, la guardia de París de a pie y montada y los agentes de orden público.

Aun descontando las tropas no ejercitadas ó dudosas, aquellas fuerzas eran, en rigor, suficientes; pero para que fuesen eficaces era preciso que el jefe encargado de conservar el orden tuviera bastante autoridad moral para

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración del comisario de policía Bellanger, tomo II, pág. 157.—Véase también *Enquête sur le 18 mars*, declaración de Moutón, pág. 231.

(2) Véase *Enquête sur le 18 mars*, declaración de Floquet, página 278.—Véase también Dreolle, *Souvenirs du 4 septembre*, página 52.

(3) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración de Schneider, tomo II, pág. 132.

dominar las vacilaciones é imponer la obediencia. Ahora bien, Palikao tenía en París varios subordinados, como el general Soumain, comandante de la plaza y de la división militar; el general de la Motterouge, comandante de la guardia nacional; y el general Mellinet, comandante de los depósitos de la guardia imperial; mas todos estos militares, aunque muy recomendables, eran ancianos ó poco conocidos. Sólo un hombre tenía entonces influencia suficiente para dar prestigio al que había perdido el suyo, el general Trochu, que en su calidad de gobernador de París era no solamente el defensor de la ciudad contra el enemigo, sino también el guardián del reposo público. Y ahora es ocasión de decir cómo la corte, que había soportado la molestia de un nuevo Lafayette, dejó que este Lafayette se pasara, en la hora del peligro, á sus enemigos.

Una larga serie de rozamientos y de torpezas había separado á aquellos á quienes la salvación común hubiera debido aproximar. La emperatriz no había sabido ni repudiar con energía ni aceptar con confianza al hombre que se presentaba en nombre de su esposo; los altos funcionarios de la regencia, no atreviéndose á descartar al recién venido, le habían demostrado claramente que sólo por obediencia al soberano lo toleraban; y los cortesanos, porque hasta el infortunio los tiene, habían adoptado aquella misma conducta. Trochu, comprendiendo que no inspiraba confianza, no se había recatado de acentuar sus censuras y la venganza que de él habían tomado sus adversarios había consistido en no convocarle más para ningún consejo; así es que el gobernador no tenía conocimiento de los movimientos de los ejércitos, de los progresos del enemigo, de la distribución de tropas, y el que debía dirigir la defensa de París había visto partir los batallones para la Champaña y para las Ardenas, sin saber lo que quedaría para el sitio. El general, al ver que se prescindía de él, habíase complacido en su altivez en completar el aislamiento. Comúnmente el enojo es silencioso, pero el de Trochu fué locuaz y tomó por confidente á la oposición, hablando tan alto que lo que dijo en el Palacio Borbón se oyó hasta en las Tullerías. Tan pesimista como tranquilizador se mostraba Palikao, dejaba á sus oyentes encantados de su elocuencia á la vez que consternados por sus previsiones. Sus discursos, con ciertos matices piadosos, casi místicos, contenían frecuentes invocaciones á Dios, á quien gustaba de poner por testigo, y á su patria, la católica Bretaña, de la que abusaba; y aquella piedad, en medio de tan aterradoras circunstancias, tenía su grandeza y contrastaba con la vulgaridad de Palikao, aunque en realidad habrían sido preferidas las plegarias más cortas, como las que habrían hecho, en situación análoga, Lahire ó Xaintrailles. Cuando había acabado de hablar, dirigíase Trochu á las fortificaciones y luego al Consejo de defensa, en donde hablaba de nuevo y con gran acierto, puesto que defendía la concentración en París, y luego se retiraba á descansar muy tarde y rendido de fatiga, y al día siguiente hacía lo mismo, es decir, mantenerse apartado del gobierno que parecía olvidar al huésped albergado en el Louvre y de quien parecía igualmente olvidado.

Así las cosas, habíase recibido la noticia del gran desastre. No se necesitaba más que una mediana previsión para presentir la emoción, la cólera pública. Trochu,

por muy lacerado que tuviera el corazón, conservaba su honor intacto, y como en él descansaba toda la popularidad, sólo él había de ser el mediador eficaz entre el pueblo y la dinastía. La suprema habilidad habría sido mostrar una gran franqueza que, echando un velo sobre los pasados rozamientos, acudiese directamente al general, excitara su generosidad por medio de una generosidad análoga, y sin reservarse nada se lo entregase todo. Pero Palikao había hecho todo lo contrario: su principal cuidado había sido no llamar á Trochu, sino prescindir de él; así, bajo la impresión de los primeros reveses, había escrito, en la tarde del 3 de septiembre, al general Soumain, comandante de la división militar: «Mi querido general, sé positivamente que se prepara una manifestación, y como esta es una cuestión completamente aparte de la defensa de París, servíos comunicarme directamente las medidas que habéis adoptado para asegurar la tranquilidad pública. Recibiréis asimismo mis órdenes directas para la represión de los desórdenes, si es que se producen...»

Esto equivalía á destituir al único hombre capaz de salvar la situación, y de todas las faltas hasta entonces cometidas ninguna podía ser con esta equiparada. El general Soumain, al recibir la comunicación, había procurado declinar toda responsabilidad por aquel desconocimiento de las reglas jerárquicas; y resignándose á ser indiscreto antes que parecer incorrecto, había comunicado al gobernador el despacho de Palikao, dándole cuenta luego de las medidas que acababa de adoptar (1).

El día 3 de septiembre, á las ocho de la noche, regresaba Trochu de visitar los fuertes, cuando se enteró á la vez del desastre de Sedán y de las prescripciones ministeriales que, haciendo caso omiso de él, confiaban á sus subordinados la defensa del orden. Sus oficiales, que le acompañaban, se indignaron y el general Schmitz le sugirió la idea de resignar su cargo (2); pero Trochu rechazó la indicación, pues no quería dimitir delante del enemigo, sintiendo, sin embargo, la injuria en lo más hondo de su alma. En el entretanto, llegó al Louvre el ministro del Interior, Sr. Chevreau; tan discreto éste como indiscreto era Palikao, había comprendido que la dinastía sólo podría salvarse con el concurso del general y fué á pedirle, á suplicarle, que fuera á ver á la emperatriz y le ofreciera su lealtad. La súplica era apremiante y formulada en términos sentidos, en nombre de una dama desgraciada y en peligro (3). Trochu cometió entonces una falta que agravó la de Palikao: un corazón magnánimo habría olvidado la reciente ofensa, corrido á las Tullerías y aplastado las calumnias bajo el peso de la abnegación; pero el general, hombre honradísimo, incapaz en absoluto de traición, tenía, sin embargo, un alma demasiado personal para aquel repentino y completo olvido, un espíritu demasiado complicado para aquella heroica simplicidad; así es que, sintiendo todavía el dolor de la injuriosa desconfianza, guardó silencio. Cuando hubo partido el Sr. Chevreau, sentóse á la mesa, y después, con sus ayudantes, expidió órde-

(1) Véase Trochu, *Oeuvres posthumes*, tomo I, págs. 177-178.

(2) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Schmitz, tomo II, pág. 282.

(3) Proceso del general Trochu contra *Le Figaro*; declaración de Chevreau (*Gazette des Tribunaux*, 28 de marzo de 1872).

nes para la defensa de los fuertes, considerando, según escribía más tarde, que la patria era antes que la soberana. Luego se acostó. En las Tullerías le esperaban: «¿Qué os ha dicho el general Trochu?, preguntaba á eso de las diez de la noche el Sr. Chevreau á la emperatriz. —No ha venido,» respondió con laconismo la regente (1). Al día siguiente, 4 de septiembre, á cosa de las nueve de la mañana, el gobernador se decidió á ir al palacio, suspendiéndose, para recibirle, el consejo que allí se celebraba. Su actitud fué respetuosa y correcta, y la soberana mostróse cortés y animosa; pero no hubo más (2). Los grupos comenzaban ya á engrosarse, y el general, que desde las ventanas de sus habitaciones del Louvre podía percibir los rumores de la multitud, como se percibe en la playa desde lejos el mugido de la marea que sube, permaneció impasible y como indiferente, dispensado por Palikao de dar órdenes, pero demasiado diligente en aprovecharse de la dispensa, demasiado frío ante los peligros que amenazaban á una dama, demasiado desapegado para lo que á un soldado fiel correspondía. Rigurosamente, judaicamente, no faltaba á ningún deber positivo; pero acaso desperdió aquel día una ocasión de ser grande.

V

El Sr. Schneider había dejado el consejo para regresar al Palacio-Borbón, en donde le esperaban multitud de informes que denunciaban la manifestación callejera, y á toda prisa envió á uno de los custodios de la Cámara al ministerio de la Guerra y al otro á la delegación de la plaza en demanda de auxilio. En aquel momento llegó la fuerza pública (3).

Tres escuadrones de gendarmería montada facilitaron pelotones que cerraron á distancia los puentes y las grandes vías que conducían al Cuerpo legislativo; y dos batallones de gendarmería de á pie tomaron posiciones, una parte en las inmediaciones de la plaza de Borgoña y otra parte en la plaza misma. Poco accesibles por las demás fachadas, el Palacio legislativo y la Presidencia sólo estaban protegidos, por el lado del Sena, por una verja con varias puertas; en el muelle y por la parte del puente se situaron un millar de guardias de París y de agentes de orden público. En cuanto á la defensa interior del Palacio, fué confiada á dos batallones de infantería que se distribuyeron uno detrás de las verjas y otro en el jardín de la Presidencia; además, en el patio grande se instaló un batallón de la guardia nacional (4).

Estas medidas generales eran hábiles y prudentes; pero de todas aquellas fuerzas las únicas seguras eran la policía, la guardia de París y la gendarmería. Aparte de esto, faltaba el jefe, que era lo principal: en efecto, no sólo no estaba allí Trochu, sino que ni siquiera estaban sus lugartenientes; y quien mandaba las tropas era el general Caussade, militar respetable, pero viejo, tor-

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Chevreau, tomo I, pág. 267.

(2) Véase Trochu, *Oeuvres posthumes*, tomo I, pág. 179.

(3) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración Schneider, tomo II, página 133.

(4) *Enquête sur le 4 septembre*, tomo II, declaraciones del general Soumain, del coronel Alavoine, del Sr. Pietri; carta del señor Baudoin de Mortemart.

pe, enfermo, falto de autoridad y de energía, consternado ante la magnitud de la misión que le había sido encomendada, y cruelmente perplejo entre la vergüenza de ceder al motín y la odiosidad de reprimirlo.

Cuando se acercó la hora de la sesión, muchas personas extrañas lograron introducirse en la Cámara, unas presentando tarjetas de periodistas y otras invocando la cualidad de *ex representantes*; también consiguieron atravesar las filas, diciendo que eran hermanos ó parientes de diputados, varios individuos que llevaban el kepis de guardia nacional. En la verja, los porteros ofrecían una resistencia muy débil, en parte por la turbación de que estaban poseídos y en parte por temor á los que tal vez al día siguiente serían poderosos. Las tribunas en cuanto se abrieron se llenaron muy pronto, y en parte de gente muy conocida de la policía. De los antiguos individuos de la Montaña estaban Miot, Carlos Beslay y Esteban Arago; éste hablaba en voz alta de la destitución, y habiendo alguien nombrado á la regente, replicó: «No, no; el emperador es prisionero, y la mujer, según el Código civil, debe seguir al marido,» chiste que corrió de boca en boca y fué celebrado con grandes carcajadas. Al lado de los viejos republicanos estaban sentados algunos de los oradores de las reuniones públicas, entre ellos un tal Cavalier, apodado *Pipe-en-bois*, que se había conquistado en los clubs una especie de celebridad burlesca. Todos estos enemigos introducidos en la plaza habían de ser, si se ofrecía el caso, naturales aliados de los manifestantes de fuera. ¿Qué sucedería? Nadie lo sabía á punto fijo, pero todo el mundo lo presentía. Aquella misma mañana uno de los custodios había recibido una demanda de billetes motivada en éstos extraños términos: «Mi esposa y mi hija, decía el peticionario, desean asistir á la invasión de la Asamblea.»

Entre los diputados diseminados en el Palacio proseguía la discusión comenzada por la mañana. Thiers había redactado su proposición, que hacía circular por el salón de conferencias y que estaba concebida en la forma siguiente: «Vista la vacante del trono, la Cámara nombra una comisión de gobierno y de defensa nacional. En cuanto las circunstancias lo permitan, se convocará una constituyente.» «Si la mayoría adopta esta proposición, decía su autor, la izquierda se adherirá á ella. —Pero vuestra moción, replicaban los diputados, es la destitución, salva la palabra. —Por desgracia, respondía el hombre de Estado, ¿puedo hacer otra cosa que hacer constar un hecho? ¿No está vacante el poder, cuando el emperador está cautivo y el príncipe imperial se encuentra fuera de Francia (5)?» Para calmar los escrúpulos se substituyeron las palabras *vista la vacante del trono* por esta otra fórmula: *en vista de las circunstancias*. A fuerza de ser incolora, la frase ya casi no era mortificante; pero aun suavizada de este modo tenía cierto sabor de perjuro para los que se acordaban de su juramento. Muchos miembros de la mayoría habrían deseado que la regente, autorizando al cuerpo legislativo para apoderarse del gobierno, quitara á este acto el carácter de usurpación; y como la idea de una inteligencia entre la emperatriz y la Cámara había sido calurosamente defendida la noche antes y aquella misma ma-

(5) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Josseau, tomo IV, pág. 338.

ñana por el Sr. Buffet, acercáronse á éste varios diputados y le suplicaron que fuera á las Tullerías y obtuviera de la soberana el gran sacrificio que había de tranquilizar todas las conciencias.

El tiempo apremiaba; era hora de abrir la sesión y la ola popular que al otro lado del Sena se agitaba indicaba cuán necesario era apresurarse. El Sr. Buffet se marchó acompañado de muchos diputados, entre ellos los Sres. Daru y Kolb-Bernard; la Cámara no podía haber elegido más dignos emisarios. Los Sres. de Pierre y d'Ayguévives, que habían pertenecido á la Casa imperial, anunciaron á la soberana la visita de la delegación. El Sr. Buffet tomó la palabra: «Si la Asamblea, aun rechazando la destitución, constituye por sí misma una Comisión de gobierno, no se librará de la censura de usurpar el poder ejecutivo, y habiendo comenzado por un acto revolucionario, perderá su autoridad moral; pero si, por el contrario, el Cuerpo legislativo obra sólo por la iniciativa y hasta por el deseo de la regente, encontrará en este mandato su fuerza y comunicará esta fuerza á la comisión por él elegida. Esto será de gran provecho para el orden público, y, por otra parte, el expediente no durará sino lo que dure la crisis; y una vez restablecida la calma, el país decidirá.» La emperatriz había escuchado en silencio; lo que le pedían era el despojo voluntario, bajo la reserva de las débiles esperanzas para el porvenir; pero la proposición, por penosa que fuese, perdía algo de su dureza gracias al acento respetuoso, á la patriótica y profunda tristeza de los que la formulaban. «No pienso en la dinastía, respondió la soberana; si se cree que somos un obstáculo, decretese la destitución, que yo no me quejaré. En cuanto á que yo abandone mi puesto por miedo al peligro, no puedo hacerlo; sería una deserción.» Después de una pausa, la princesa continuó: «Estoy convencida de que para los representantes del país la única conducta verdaderamente sensata, verdaderamente patriótica, sería agruparse estrechamente en torno mío, aplazar todas las cuestiones interiores, concentrar todos los esfuerzos contra la invasión.» El consejo era sabio; pero sólo en las largas dinastías reales se encuentra una María Teresa. La emperatriz añadió con cierta discreta sutileza: «Si la resistencia es imposible, ¿no podría ser tal vez útil mi intervención para obtener condiciones menos desfavorables?» Y luego, ampliando ciertas indicaciones benévolas procedentes de San Petersburgo, habló de un ofrecimiento de mediación que le había sido hecho «la víspera por el representante de un gran Estado sobre la base de la integridad territorial.» Pero el Sr. Buffet y sus amigos eran personas demasiado sensatas para no descubrir en aquel lenguaje un exceso de optimismo. La emperatriz, volviendo á ocuparse de su situación personal, siguió diciendo: «Acepto la destitución, pero no quiero la deserción;» y animándose de pronto, añadió con acento de valiente energía: «Si la conservación de mi poder fuese considerada como un obstáculo para la defensa, ¿sería demasiada pretensión de parte de una mujer voluntariamente descendida del trono pedir á la Cámara autorización para permanecer en París? La residencia, la categoría, importarían poco con tal que me fuese dado compartir los sufrimientos, los peligros, las angustias de la capital sitiada.» A estas palabras sucedió un largo silencio; los diputados estaban conmovidos

y á algunos se les saltaban las lágrimas; y no menos emocionado se sentía el vicealmirante Jurien de la Graviere, que permanecía al lado de la emperatriz. El señor Buffet, incapaz de toda complacencia, ni siquiera de ese halago hacia la desgracia que es la tentación de las almas grandes, replicó á la soberana en estos términos: «La subsistencia de la regencia en su forma actual sería sin duda el mejor partido; pero, dado el estado de los ánimos, este partido es imposible. De todas las soluciones buscaremos la menos perjudicial.» El Sr. Daru expuso con igual respetuosa firmeza análogas consideraciones. A cada momento la conferencia era interrumpida por los partes que se recibían de la prefectura de policía y que la emperatriz entregaba á los diputados. En la antesala estaban las personas de servicio, numerosas todavía porque el vacío en torno de la infortunada soberana no había de hacerse hasta el último momento; y en dos ocasiones vióse entrar á una de ellas, acercarse á la emperatriz y hablarle en voz baja. Luego entró un joven, sin que le anunciaran, y aludiendo á los manifestantes, dijo: «Están aquí, en la plaza de la Concordia,» y después de dar esta voz de alarma, desapareció. La regente seguía en su obstinación: «Desposeerse es desertar,» decía; pero el Sr. Daru no se cansaba de repetir: «Cediendo á tiempo, Vuestra Majestad conservará todo lo que en el orden actual puede ser conservado y evitará al país una revolución.» Ante tales instancias la emperatriz cedió un poco, como mujer no convencida, pero sí abrumada: «Consultad con mis ministros, dijo, y si se adhieren á vuestras opiniones, ratificaré lo que ellos decidan.» Después de lo cual despidió á los delegados.

La respuesta era muy vaga, pero sobre todo era muy tardía, pues la decisión no incumbía ya á las Tullerías, sino á la Cámara de diputados. Una hora más, y el conflicto sería resuelto por el motín.

Mientras el Sr. Buffet y sus compañeros estaban en palacio, habíase abierto la sesión. Era la una y cuarto, y apenas el Sr. Schneider ocupó el sillón presidencial, una moción muy sospechosa reveló la inminencia del peligro. El Sr. de Keratry había pedido que se alejase á las tropas de policía y que se confiase la defensa de la asamblea á la guardia nacional; pero la Cámara había pasado á la orden del día. Tres proposiciones se formulaban: la del gobierno, la de Julio Favre y la de Thiers. Palikao fué el primero en tomar la palabra; antes de la sesión había trabajado con ahinco para atraerse diputados, y del mismo modo que se raspa un escudo impopular, había borrado de su proyecto todo lo que recordaba el Imperio, y á la frase Consejo de regencia había substituído la de *Consejo de gobierno*. La moción estaba concebida en los siguientes términos:

«ARTÍCULO PRIMERO. Se instituye un Consejo de gobierno y de defensa nacional compuesto de cinco miembros, cada uno de los cuales es nombrado por la mayoría absoluta del Cuerpo legislativo.

»ART. 2.º Los ministros son nombrados bajo la recomendación de los miembros de este Consejo.

»ART. 3.º El general, conde de Palikao, es nombrado teniente general de este Consejo.»

La lectura de esta proposición produjo una impresión de sorpresa embarazada. El autor de la misma, por temor de disgustar, se había abstenido de concretar nada,

y se había salido con la suya, pues la proposición resultaba una incoherencia. La regente, cuyo nombre había sido suprimido por una puerilidad algo cobarde, ¿conservaba algún poder ó desaparecía del todo? Palikao, con una especie de seguridad que sobreviviría á los infortunios, se proponía á sí mismo como *teniente general*, denominación anticuada y de significación vaga. Ese personaje que permanecía en reserva y que retenía en sus manos los hilos, ¿no estaría preparado para tirar hacia él de todos ellos?

El tiempo era demasiado precioso para las reflexiones largas. Julio Favre tomó á su vez la palabra y fué breve, ya por la urgencia de las circunstancias, ya por la imposibilidad de añadir nada á la lección de los desastres, y se limitó á pedir la prioridad para la proposición de destitución.

Todo el mundo esperaba á que hablara Thiers cuyo proyecto se reducía á confiar á la Cámara el nombramiento de un Comité de gobierno y de defensa nacional. El Imperio ni se conservaba ni se suprimía; sólo Dios y los acontecimientos decidirían del porvenir. Cuarenta y ocho diputados habían firmado la proposición y entre los firmantes aparecían mezclados con los miembros de los centros los de la más pura mayoría que, bajo el imperio de las circunstancias, acababa de disgregarse, no ambicionando los más escrupulosos sino que la emperatriz los relevara de ser fieles.

Declarada la urgencia y reunidas las tres poposiciones, los diputados se congregaron en sus secciones, manifestándose en éstas las preferencias por el proyecto de Thiers. Todos los individuos nombrados para formar parte de la comisión fueron elegidos en los dos centros, excepción hecha de Julio Simón, quien, sin embargo, se adhirió al criterio de sus colegas (1). Los ministros no se resistían ya, desde el momento en que la emperatriz había resuelto no oponer dificultad alguna, y se abrigaba, por consiguiente, una ligera esperanza de que del acuerdo de los partidos saldría una combinación, si no buena, á lo menos aceptable, que contendría la revolución, reduciría á su mínimo la ilegalidad y permitiría aguardar á que el país expresara su voluntad. Los individuos de la comisión buscaban ya un local para reunirse, nombrar ponente y redactar el dictamen, para lo cual necesitábase aún media hora; pero esta media hora la fortuna no había de concederla. Mientras los diputados estaban todavía en sus secciones, vieron pasar varias veces por delante de las ventanas á algunos individuos que intentaban escalarlas; eran éstos pocos en número, pero detrás de ellos había otros. Oíanse cantos y gritos confusos de *Destitución* y de *República*. En tanto que se deliberaba, los grupos tumultuosos cuya marcha hemos descrito se habían aproximado; comenzaba ya la invasión, y la manifestación, degenerada en motín, iba á encargarse del desenlace.

VI

Por la calle de Rivoli y por la calle Royale no habían cesado de desembocar masas que habían acabado por ser tumultuosas. El Cuerpo legislativo hallábase defendido, según hemos visto, contra una invasión por una

(1) Memoria del Sr. conde Daru, pág. 18.

doble barrera, es decir, por la gendarmería montada que cerraba la entrada del puente por el lado de la plaza de la Concordia, y por la guardia de París y los guardias de orden público instalados junto á las verjas del Palacio. En el entretanto, varios destacamentos de guardias nacionales, aunque no requeridos para el servicio, se habían reunido espontáneamente y en actitud muy equívoca, y se habían dirigido armados hacia la Cámara. Las diversas autoridades no se habían puesto previamente de acuerdo, y las reglas del estado de sitio habían hecho recaer el mando en el general Caussade. Este, al ver venir algunas compañías que marchaban en orden y con disciplina, creyó que obedecían á una convocación regular; y los gendarmes de á caballo abrieron sus filas para dejar pasar á los supuestos defensores del orden. Por aquella brecha se deslizaron otros guardias nacionales, también armados, que decían haberse rezagado, y algunos sin armas ó sin otro distintivo que el kepis. Cuando se reconoció el error, no era tiempo de remediarlo y ya habían pasado una porción de hombres de los arrabales. De este modo se intercaló en el puente, entre los gendarmes y la policía, una fuerza adicta en gran parte á los enemigos del Imperio. Mientras los guardias municipales y los de orden público permanecieran agrupados delante de las verjas, la Cámara estaría á cubierto de cualquiera invasión. Los guardias nacionales, aglomerados en el puente, hicieron un esfuerzo para avanzar, é irritados porque la policía les cerraba el paso, reivindicaron el derecho de proteger á la asamblea; y algunos diputados de la izquierda, enterados de lo que fuera sucedía, intervinieron en el asunto y pidieron á los cuestores que mandaran retirar la policía. Los cuestores se desentendieron de tal petición alegando que su autoridad cesaba en los límites del Palacio, en vista de lo cual los peticionarios se dirigieron al general Caussade. Este, que se sentía cada vez más pequeño ante la magnitud de los sucesos, que sabía que la emperatriz quería evitar toda efusión de sangre y que en medio de la general debilidad había perdido la poca energía de que estaba dotado, usando de sus poderes, ordenó á las tropas de policía que se retiraran. Los comisarios y los oficiales de orden público protestaron con respetuosa insistencia; pero el general, con una firmeza en él insólita, reiteró en tono perentorio la orden. Era, pues, preciso obedecer, por lo que se replegaron á lo largo del muelle de Orsay aquellos que hasta entonces habían constituido una barrera viviente para la representación legislativa.

Los guardias nacionales, llevando al frente la banda de tambores, relevaron á la policía. En aquellas fuerzas había de todo: buenas compañías, como las de la Calzada de Antin; otras muy medianas y otras completamente malas; las mejores no tendrían más energía que la precisa para permanecer neutrales. Desde aquel momento, la única defensa de la Asamblea estaba en la solidez de las verjas y en la fidelidad de los dependientes y criados. La sesión, en el entretanto, se había suspendido y los diputados habíanse reunido en sus secciones; aprovechándose de la suspensión, algunos espectadores de las tribunas habían bajado y, gracias á la poca severidad de las consignas, se habían agrupado en los escalones del peristilo. Aquellos individuos, que eran periodistas, ex representantes y gente de club,